

COMER Y BEBER EN “LA FIESTA DE BABETTE”

Una lectura teológica

Luisa Zorraquín*

La fiesta de Babette, es uno de los *Siete cuentos góticos* que Isak Dinesen publicó en 1934.¹ En 1987 fue llevado al cine por el director danés Gabriel Axel.² En 1988 la película consiguió el Oscar a la mejor película de habla no inglesa y esto la catapultó a la fama. En este artículo nos referimos a la historia y a los diálogos tal como aparecen en el film.³

El comienzo: una vida austera

La acción transcurre a mediados del siglo XIX en un pequeño poblado sobre la costa de Jutlandia, Dinamarca, un lugar apartado y solitario. Allí un pastor luterano ha formado una pequeña comunidad con fuertes lazos fraternos y solidarios en una atmósfera de gran austeridad según estrictos preceptos luteranos.

El pastor tiene dos hijas muy bellas, Martina y Filipa, así llamadas en homenaje a Martín Lutero y Felipe Melanchton, los cuales son mencionados expresamente al comienzo del film como inspiradores de la comunidad. Las hermanas, atraen las miradas de todos, pero permanecen solteras como fieles colaboradoras de su padre: viven por y para su misión, lo acompañan en la liturgia, asisten a los pobres. La vida de las hermanas transcurre en estabilidad monótona, sin mayores sobresaltos hasta que en un momento se

* Licenciada en Teología y en Economía por la Universidad Católica Argentina. Casada, madre de 5 hijos.

¹ Karen Christence Blixen-Finecke (Dinamarca, 1885-1962) -autora del cuento, “La fiesta de Babette” luego llevado al cine- es más conocida por su pseudónimo literario Isak Dinesen.

² Gabriel Axel (Arhus, 1918) es un director de cine danés. A pesar de tener el reconocimiento de la crítica especializada por su brillante trayectoria, no se dio a conocer al gran público hasta el estreno de *La fiesta de Babette* (1987), que consiguió el Oscar a la mejor película de habla no inglesa, en 1988, el Premio especial del Jurado en Cannes, 1987 y el Premio Bafta, en 1989, a la mejor película extranjera.

³ Las frases que figuran “entre comillas” son textuales del film.

ve perturbada por la visita de dos hombres “del extranjero”. Primero, Lorens, un oficial del ejército sueco despierta el amor de Martina, pero debe resignarse a no comprometerse porque su padre afirma que tiene a ella y su hermana en su ministerio como “sus manos derecha e izquierda”. Un tiempo después visita el pueblo el “papista” –así lo llama el Pastor- Achille Papin, famoso tenor francés que, terminando su carrera, viaja por Dinamarca en busca de solaz. Papin, deslumbrado por la bellísima voz de Filipa, ofrece darles lecciones y termina enamorándose de ella. También es rechazado y vuelve a Francia solo y apesadumbrado.

El puritanismo como ausencia de tono vital

El film no deja lugar a dudas del trabajo y la devoción, tanto del pastor como de sus hijas, en pos del desarrollo espiritual de la comunidad. Las hijas en particular se muestran siempre pacientes y bondadosas, compasivas y atentas con los que sufren. Es palpable que han sido educadas en la idea de una dedicación exclusiva –una consagración- a la vida religiosa que las hace vivir una existencia cuasi monástica. Sin embargo, este ascetismo tan buscado, no está visto como una renuncia a algo hermoso y grandioso en sí sino como el apartarse de algo pecaminoso y de poco peso: “En la comunidad el amor humano y el matrimonio eran considerados asuntos triviales, sólo una ilusión” nos hace saber el relator. Pese a ello las hermanas sienten dolor por la renuncia a sus respectivos amores, dolor que permanece a pesar del paso del tiempo, aunque trocado en una suerte de nostalgia.

Luego de la muerte del pastor, sus hijas pasan a tomar el papel de autoridad en materia religiosa. Ellas dirigen el culto, restringido a la lectura de la palabra y la oración, y cumplen a la perfección el rol de acompañantes espirituales: son las que escuchan las tribulaciones de los demás miembros, los aconsejan y llevan a sus corazones tristes la esperanza de la vida futura y del perdón de Dios. Asimismo, una parte importante de su ministerio consiste en visitar a los pobres y enfermos y llevarles alimento y consuelo.

Esta vida de servicio y amor tiene sin embargo una nota disonante: se desenvuelve en un ambiente donde la nota más sobresaliente es una cierta ausencia de tono vital. Desde el punto de vista teológico es preciso recordar que para Lutero el pecado original ha destruido totalmente la bondad originaria del hombre creado a imagen y semejanza del creador. La gracia no coopera con la naturaleza, sino que la cubre como un manto, pero el fondo del hombre, lo interior, está corrupto y no puede ser redimido. Esto resulta

en una desconfianza primigenia hacia todo lo creado. No extraña entonces, que el puritanismo de la comunidad resulte en una negación y rechazo total de la capacidad sensitiva; su mensaje es en el fondo que lo material, lo corporal, es de alguna manera impuros. A modo de síntesis magnífica, el film pone el acento en la anulación del sentido del gusto. Desde el principio se nota que no hay alegría ni en el comer ni en el beber. La comida de la comunidad es simple y espartana: sopa de pescado, pocas legumbres, nada de dulces ni sal. Una comida nutritiva pero insípida e incolora. Esta ausencia de tono vital conduce al hastío, al cansancio y en última instancia a una suerte de aspereza entre los miembros de la comunidad.

Llega Babette

Casi veinte años después, en el año 1871, ya muerto el pastor, una mujer francesa toca a la puerta de las hermanas en medio de una terrible tormenta. Es portadora de una carta del músico Papin. Las hermanas leen la carta donde Papin, afirmando que nunca ha podido olvidar su amor por Filipa, pide a ambas que den alojamiento a esta mujer. Les informa que ha perdido a su hijo y a su marido en la guerra civil francesa y que, siendo ella misma amenazada de muerte, busca refugio en esas tierras. Babette, de ella se trata, se queda a vivir con las hermanas sin goce de sueldo, a cambio de casa y comida.

Desde el primer momento los espectadores percibimos en ella un misterio. No en vano, al empezar el film, el relator nos hace saber que “la presencia de Babette en la casa de las dos hermanas solo puede explicarse por las zonas ocultas del corazón”. Esas zonas ocultas son las que iremos descubriendo a medida que transcurre la película.

El primer misterio es que no se sabe nada de su vida pasada, sólo que ha debido huir de Francia y que, según dice Papin en la carta a las hermanas: “sabe cocinar”. Atento a ello, Babette queda a cargo de la comida, tanto la de la casa donde ahora sirve a las hermanas, como de la de los enfermos y pobres de la comunidad a las que ellas atienden. Pequeños detalles nos hacen ver que Babette va poco a poco cambiando la vida de las hermanas. En primer lugar, y pese a tener una boca más para alimentar, se encuentran de pronto con más dinero: Babette es una gran administradora. Otra información que nos llega muy sutilmente por conversaciones entre la gente del pueblo es que: “Babette es inteligente”. La mujer es además muy servicial y sonriente, contrastando con la seriedad puritana de la comunidad. La comida

mejora notablemente a pesar de los paupérrimos ingredientes que continúan siendo básicamente los mismos. El secreto reside en que se los elige con cuidado y cariño y se los cocina y combina con arte supremo, añadiendo una nota de dulzura a esa vida tan espartana. Gracias a que Babette se dedica a cocinar, limpiar y servir la vida de las hermanas se suaviza y se hace más comfortable.

Otra nota importante que vale la pena destacar es que Babette habla muy poco, sólo en el transcurso del film se puede ir percibiendo su profundo dolor sufrido en silencio. En una escena de importancia retrospectiva, uno de los hombres del pueblo le pregunta si piensa retornar a Francia. Ella contesta que la única cosa que la une con Francia es un billete de lotería que una fiel amiga le compra todos los años. Su vida es allí en Dinamarca. Así transcurren catorce monótonos años.

Durante ese tiempo la vida en la comunidad fundada por el pastor comienza a desgastarse: hay peleas y recriminaciones entre los miembros; hay fastidio y cansancio. Los pecados de la juventud salen a relucir y muchos los reviven con angustia; la muerte está más cercana y hay temor a la condenación eterna. Todos han envejecido y la vida adquiere una cualidad áspera y seca. Las hermanas no saben cómo poner fin a las rencillas. El anuncio de que próximamente se cumplirán los cien años del nacimiento del pastor parece encender una luz de esperanza con la sola mención del simple festejo que se hará, como siempre, con una austera cena y café a la que invitarán a todos los seguidores.

Lotería y preparativos

Unos meses antes del 15 de diciembre, fecha del aniversario, llega una carta anunciando que Babette ha ganado la lotería. El premio son diez mil francos, una verdadera fortuna. Ante este golpe de suerte, las hermanas consideran inminente que Babette vuelva a Francia y se lamentan en privado. Pero, sorpresivamente, Babette les hace un pedido: desea contribuir al festejo del nacimiento del pastor con una “verdadera comida francesa”. Ella pagará los gastos con el dinero de la lotería. Las hermanas dudan. Finalmente, ante la insistencia de Babette acceden.

Babette viaja hacia la ciudad cercana más importante a fin de encargarse a Francia los ingredientes. Durante su corta ausencia, las hermanas comienzan a vislumbrar lo difícil que les será vivir sin ella si, como piensan, Babette elige volver a su tierra natal haciendo uso del dinero del premio.

Sin saber nada de lo que piensan las hermanas, nuestra protagonista regresa al pueblo y junto con ella empiezan a llegar las vituallas para la fiesta, entre ellas una tortuga viva, codornices y otros ingredientes exóticos, amén de vinos y licores.

En una escena que sirve para mostrar cuán hondo ha calado en la comunidad la espiritualidad puritano-luterana nos anunciamos de que las hermanas ven en estos ingredientes tan poco comunes una impronta demoníaca. “Ahora estamos expuestos a los peligrosos poderes” afirman. Para ellas todo esto tiene la apariencia de “una cena embrujada”. Temerosas, se preguntan qué deben hacer, si seguir adelante con la fiesta o cancelarla.

Consultando con la comunidad, entre todos toman una decisión: aunque asustados por lo que consideran ocasión de pecado asistirán a la comida para no ofender a Babette a quien aprecian. Sin embargo se juramentan comer pero sin gozar: “Será como si nunca hubiéramos tenido el sentido del gusto”, afirman.

La fiesta

Llega por fin el gran día. El festejo se inicia con una ceremonia religiosa en la que los asistentes cantan una canción cuyo estribillo dice: “jamás le darías una piedra al niño que pide pan”. Lejos están de saber que esto se hará realidad en ellos en más de un sentido. El film puede leerse como una alegoría de la última cena. A continuación, enumeramos seis puntos de contacto que brotan de esta lectura.

1. *Fiesta*. Es una cena en la que, a la manera de la Pascua judía, se celebra una fecha fundacional, en este caso el nacimiento del pastor. Al mismo tiempo es una cena de acción de gracias (*eucharistein*). Esta acción de gracias es doble: la primera y más obvia es la acción de gracias por la vida del pastor, pero la segunda, mas importante y significativa, es la acción de gracias de Babette hacia las hermanas por haberla hospedado todos estos años.

2. *Los doce*. Los comensales son doce, número eucarísticamente significativo y mencionado expresamente en el film. Este número se logra a partir de una circunstancia inesperada. Los invitados originales son once pero Lorens, el oficial sueco que en su juventud se había enamorado de una de las hermanas, es ahora un importante general y se encuentra cerca visitando a su

tía, una de las invitadas. Enterado de la fiesta, pide ser incluido en la celebración y es aceptado.

3. “*He deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros*”. La fiesta se ha transformado para Babette en un vehículo de revelación. El film muestra la profunda necesidad que ella tiene de darse a conocer. Cuando las hermanas dudan en autorizar la cena, Babette se pone de pie y les ruega: “¿Alguna vez les he pedido algo? Escuchen mi súplica, viene del corazón.” Así como Jesús termina de revelarse en su misterio pascual, la fiesta dice a la comunidad quién es Babette. En este sentido Babette se asemeja al Maestro en la escena del lavatorio de los pies. Si bien ella no participe de la comida, sino que está detrás de la escena, es el personaje principal, el que hace que la cena sea posible. Babette dirige todos y cada uno de los pasos y siendo servidora es la máxima autoridad.

4. *Última cena*. Babette capta perfectamente la situación de aspereza por la que atraviesa la comunidad. Intuye que el remedio pasa por humanizar la vida. Hacerla más humana es darle un rol a los sentidos, sometidos y anulados con voluntad de hierro por los puritanos. De ella es la idea de la comida “a la francesa” y en un gesto de suprema caridad –amor- gasta todo su dinero en ello. Por ello es verdaderamente una “última cena”. No podrá repetirse.

5. *Transformación*. Babette regala una magnífica comida francesa a personas que no desean recibirla y que no son capaces de apreciarla. El film tiene en este sentido una sensibilidad “juánica” ya que juega con el doble nivel de comprensión. Los espectadores vamos comprendiendo, al contemplar los preparativos y sobre todo –como explicaremos seguidamente- a través de las palabras del General, la verdadera dimensión de la comida. Los miembros de la comunidad en cambio no pueden captar que están degustando prácticamente la mejor comida y bebida del mundo [la francesa] de la mano del mejor chef de su época. Añaden a esta incapacidad, producto de su medio cultural y espiritual, un voto de permanecer insensibles a la comida y bebida alegando razones religiosas: Uno de los comensales sentencia antes de acudir a la fiesta: “Como en el casamiento de Caná la comida no tiene ninguna importancia”. La frase es de por sí irónica ya que es bien patente que en Caná no se habla de la comida despectivamente y por cierto el vino tiene la mayor importancia.

Pero ocurre una verdadera conversión (*metanoia*). Estas personas que arrastran viejos rencores y rencillas se transforman. Hacia el final de la cena comienzan a admitir sus faltas pasadas y a pedirse perdón mutuamente. Las conversaciones podrían rondar lo caricaturesco sino tuvieran como trasfondo la “infancia espiritual” (cfr. Lc 18,17). Cada uno de ellos se vuelve como niño y este tema culmina cuando salen afuera en plena noche, tropezando en la nieve, y tomándose de la mano comienzan a hacer una ronda y a cantar.

El General como “evangelista”

El general cumple un rol fundamental durante la cena. Los miembros de la comunidad que habían acordado comer sin gozar también habían acordado *no hablar* sobre la comida. Esta negación al habla es sorprendente y a la vez profundamente perceptiva del poder de las palabras. Antes de la comida concuerdan en que no dirán *ni una palabra sobre la comida o la bebida*. Una de las mujeres de la comunidad resume lo que piensan: “La lengua, ese extraño pequeño músculo, ha hecho grandes cosas, pero también es fuente de maldad y veneno. Usaremos nuestras lenguas para rezar y dar gracias por todo lo que significó [el pastor] para nosotros”.

El general, que ha conocido el mundo y ha comido en grandes restaurantes, sirve de “voz” para los que no se permiten expresarse y de “traductor” hacia el espectador de los magníficos manjares. Como no forma parte de la comunidad y nada sabe del pacto secreto entre ellos, va describiendo los platos y los ingredientes profundamente impresionado por la comida. Asimismo, también puede apreciar la calidad de las bebidas en su justa dimensión. Los demás simplemente gozan en silencio. Imposible no hacerlo. El clímax llega con el plato principal. Allí, ante un plato llamado “codornices en sarcófago” el general revela haberlo comido en París, en el *Café Anglais* relatando que la chef era una mujer, una consumada artista en la cocina “capaz de transformar una comida en un asunto amoroso que no hace distinción entre el apetito corporal y el espiritual.” Él es entonces quien, de algún modo, descubre para los demás el sentido que tiene esa comida: dar amor, dando lo mejor de sí mismo.

En el misterio pascual, la cruz y las palabras de la última cena están unidas intrínsecamente. Sin las palabras pronunciadas sobre el pan y el vino, la cruz sería una ejecución romana más; una de las tantas que había en la época de Jesús. Y sin la cruz, las palabras no tendrían peso ni comprensión. Los evangelistas unen ambas cosas y se convierten así, en portadores de un

euangelion, una buena noticia. Algo similar ocurre aquí. Sin las palabras del general, los miembros de la comunidad no hubieran terminado de captar el misterio de esa cena ni el don que les ha hecho Babette.

Pero el rol del General no se limita a eso. A través de lo que dice, va traduciendo a palabras los sentimientos y sentidos de los comensales juramentados al silencio. Precisamente su rol parece en cierta forma el de un “logoterapeuta”: un auténtico sanador por la palabra. Al final pide pronunciar pide pronunciar un pequeño discurso. Comienza repitiendo uno de los salmos favoritos del pastor, versículos que ahora cobran nueva vida: “La piedad y la verdad se han encontrado. La justicia y la dicha se abrazarán entre sí” (Sal 85, 8) pero luego le agrega su propio pensamiento que de alguna manera resume toda su vida: “Sabemos lo que es el miedo, pero nuestra elección no tiene importancia. Llega el momento en que nuestros ojos son abiertos y nos damos cuenta de la piedad infinita, que debemos aguardar: La piedad no impone condiciones, todo lo que hemos elegido nos ha sido concedido y hemos recibido hasta lo que hemos rechazado”.

El General que ayuda a la transformación de la comunidad resulta él mismo transformado. Su vida actual, exitosa pero mundana, lo ha ido llenando de un hastío existencial. Cuando está preparándose para la comida, el film lo muestra en diálogo con su yo de la juventud. Allí pronuncia la sentencia del Cohelet: “Vanidad, todo es vanidad”. Y a continuación le dice a su yo joven: “He encontrado todo lo que soñaste y dejé satisfecha tu ambición. Pero ¿con qué objeto? Tendrás que demostrarme que mi decisión fue la correcta”. Durante la cena, el general comprende que ha recorrido el arco completo de las posibilidades y que Dios, en su misericordia – misteriosa, por cierto- le ha dado “hasta aquello que había rechazado.”

Y al final, al despedirse una vez más y tal vez para siempre dice a su amada: “Cada minuto de la vida estaré con Ud. Cada día que me sea concedido, cada noche estaré con Ud., no con mi cuerpo, eso no tienen importancia, pero sí con mi alma. *Porque esta noche he aprendido que en este hermoso mundo nuestro todo es posible*” (el subrayado es mío). Parece proponerle un misterioso desposorio espiritual.

La tempestad calmada

Hacia el final de la cena el general le dice a su tía a quien había acompañado: “Buena comida tía, ¿no?”. Y ella, que es anciana y sorda le responde: “Sí, se calmó la tempestad”, en una síntesis a la vez irónica y genial

de la transformación profunda operada en los corazones de los comensales. La atmósfera de la comunidad ha cambiado: por primera vez los asistentes se permiten mostrar sus sentimientos. Los enemigos se reconcilian y los matrimonios se reencuentran en un ambiente de gran ternura. Terminada la cena, los miembros de la comunidad salen afuera y bajo el cielo estrellado, hacen una ronda y cantan una de las canciones religiosas que tanto gustaban al difunto pastor. De algún modo es como si se hubiera gestado una refundación de la comunidad.

Al quedarse solas, las hermanas por lo general absolutamente indiferentes al paisaje y a la naturaleza comentan mirando el cielo estrellado: “Las estrellas se acercaron. Quizás lo hagan todas las noches.” Es una unión cósmica, unión con la creación producto de la felicidad que sienten al ver a la comunidad unida. Y agregan: “quizás no habrá nieve este año”. Todo parece posible, aún en Dinamarca en pleno invierno. Al entrar a la casa, sin embargo, comienza a nevar. No habrá milagros. Lo único verdaderamente importante es el amor.

¿Católico?

Hasta donde he podido saber no hay indicios de que la autora del cuento, Karen Blixen, haya tenido especial apreciación por el catolicismo. Pero sin duda en su crítica implícita al luteranismo hay un destello de apreciación por la forma de vida católica. Es importante resaltar que la fiesta está preparada por Babette, una chef parisina y aunque el film no lo afirma expresamente, católica, ya que, aunque pasan los años Babette nunca participa de las celebraciones litúrgicas de la comunidad y por otro lado en todas las escenas siempre luce en su pecho una cruz muy simple de madera, lo que hace de ella una “papista”.

Hay una escena muy reveladora del choque de las dos cosmovisiones religiosas, la católica y la luterana que se produce cuando llegan los ingredientes desde Francia, y Babette está en la cocina ordenando las provisiones. Martina, una de las hermanas, se acerca horrorizada y le señala una botella: “¿Es vino?”, le pregunta. A lo que Babette contesta que sí y muy orgullosa menciona el nombre del vino señalando la cosecha y la bodega, datos que obviamente no significan nada para Martina pero que muestran que Babette es completamente inocente respecto de la visión puritana hacia el alcohol que tiene la comunidad.

En el marco de la piedad luterana, lo que llama poderosamente la atención a la mirada católica, es la ausencia de vida sacramental. En particular, hay una escena en la que las dos hermanas intentan convencer a una pareja de ancianos que sus pecados de juventud les han sido perdonados. Allí se ve con patente claridad la falta de un signo eficaz de la gracia. La escena lleva a suponer que previamente la pareja ha “confesado” a las hermanas alguna falta grave. La hermana que conversa con el hombre le habla de la misericordia de Dios. La otra hermana que está con la mujer la invita a contemplar “el cielo” y leer allí el signo de su perdón. Ambas hermanas transmiten devoción y piedad, pero sin embargo la escena desnuda una gran nostalgia por el sacramento de la reconciliación. La escena reveladora, a su vez, del poder de este sacramento tan poco comprendido en nuestra cultura actual.

Por otro lado, observamos que la comida y la bebida son, en cambio, signo eficaz de la gracia, gracia que transforma y libera al modo del pan y el vino en la eucaristía. Un mensaje central del *film* es precisamente que las “cosas”, los bienes materiales, son buenos en su dimensión ontológica y pueden servir de vehículo de la gracia, son capaces de ser signo eficaz de la gracia. En este sentido hablamos de sacramentalidad de las cosas, es decir que el mundo invisible se deja conocer a través de las cosas visibles. O más precisamente, como afirma Menke, sacramentalidad significa que dos realidades distintas están relacionadas entre sí de tal manera que la segunda expresa la primera en la medida en que ella, la segunda, es ella misma.

Un banquete escatológico

Desde el principio, hay una nota escatológica que se deja traslucir sobre todo en las canciones que canta la comunidad: las mismas hablan de la Jerusalén Celestial y la mirada parece puesta más en la vida eterna que en la presente. Lo escatológico se potencia en la cena. La superabundancia y prodigalidad propia de los tiempos mesiánicos está presente en la comida. Cuando las hermanas se enteran que vendrá el general, se acercan preocupadas a Babette ya que no saben si alcanzará la comida. Ella les dice que no se preocupen, que alcanzará para todos. Lo que sigue recuerda las palabras de Isaías: *El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos añejados, de manjares suculentos, medulosos, de vinos añejados, decantados* (Is 25,6). Y también: *Todos comieron hasta saciarse y se recogieron doce canastas* (Mc 6, 42-43).

Otra nota en este sentido viene dada por lo exótico de los ingredientes, por ejemplo, uvas frescas ¡en el invierno en Dinamarca! Por último, al mejor estilo de Canadá, el vino tampoco se acaba.

Conclusión: Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin

Podríamos preguntarnos qué es lo que transforma: ¿es el amor de Babette y su entrega? ¿es su arte exquisito? ¿es la comida? ¿es la fiesta entendida como encuentro de los corazones? Es todo eso y más también.

El sentido profundo del film se nos revela recién al final cuando luego de la cena las dos hermanas tienen una breve conversación con Babette. Allí le agradecen la comida y le dejan saber que ellas comprenden que Babette regresará a Francia haciendo uso del premio. Entonces se produce el siguiente diálogo:

Babette: En París, yo era chef del *Café Anglais*... [muchos comensales acudían a cenar] Allí yo era capaz de hacerlos felices dando lo mejor de mí misma.

Hermanas: ¿Cuándo partes para Francia?

B: Ya no regreso a París. Nadie me espera allá. Están todos muertos y no tengo dinero.

H: ¿Y los diez mil francos?

B: Los gasté todos.

H: ¿Cómo es posible?

B: En el *Café Anglais* una comida para diez costaba diez mil francos...

H: ¡No debiste darnos todo lo que tenías!

B: No lo hice sólo por ustedes...

H: Ahora serás pobre el resto de la vida.

B: Una artista nunca es pobre. Achille Papin solía decir: “A través del mundo suena un profundo llanto del corazón del artista que dice: «Denme la oportunidad de ofrecer lo mejor de mí mismo»”.

H: Pero este no es el fin Babette, ¡en el paraíso serás la gran artista que Dios quiso que fueras! (Las hermanas la abrazan). ¡Cómo encantarás a los ángeles! (Se deja abrazar).

El gesto de Babette reviste en sí mismo una entrega profunda de lo mejor de sí. Y no hay duda de que su entrega artística, de por sí generosa y ejecutada con absoluto virtuosismo, está acompañada por el gesto magnífico –magnificencia como virtud– de acompañarlo con el gasto de todo el dinero. *Esto último es lo que le da al gesto su carácter absoluto, ya que no hay ninguna posibilidad de repetirlo.* En este sentido, y siempre continuando con

Luisa Zorraquín

la lectura alegórica, este gesto es similar al de la entrega en la cruz: una vez y para siempre.

Babette ha amado hasta el fin.